

## REVISTA DE MODAS.



ESPUÉS de una temporada larga de clausura, los salones empiezan á dar señales de vida, con cierta timidez y como quien desea entrar en terreno conocido por simulados senderos; nadie habla de fiestas, pero los señores de L, con motivo del santo de la señora, invitan á unos cuantos amigos que ya reunidos improvisan un baile y obtienen la promesa de otro más espléndido para dentro de pocos días; la duquesa de N recibe á sus amigos un día á la semana por la tarde, y varios convidados á su mesa en día fijo, que con los que se agregan de parte de noche, son ya un prólogo disimulado de futuras fiestas; el conde de Z invita á una reunión, en que no se bailará, pero háblase en secreto de una comedia y algunas piezas de canto, que terminarán de seguro con baile improvisado. El tiempo es un gran maestro, y se encarga de vencer dificultades y allanar obstáculos.

Entre tanto, los vestidos de paseo y de visita se confeccionan como para San Petersburgo, guarnecidos de pieles y con abrigos largos, forrados asimismo de piel que parece imposible los soporten los hombros delicados de una mujer. La hechura de las faldas no puede menos de ser sencilla, y sobre una lisa y redonda de terciopelo, ábrese á la izquierda una segunda falda ligeramente drapeada al lado derecho y guarnecida de piel de astracán ó de nutria, correspondiendo á esta falda una pequeña chaqueta que cierra torcida con igual adorno. Estas túnicas se hacen de telas muy gruesas, pero de excelente caída, muy sueltas para que se presten á los ligeros drapeados de las faldas, y con estas telas burdas llámense saiglier, bouclé ó jerga, preséntanse las señoras hasta en los actos más ceremoniosos. Si nuestras abuelas, que gustaban el raso y el brocatel para trajes de alguna pretensión, vieran envuelta á la moda actual en tan rudos paños, se asustarían! Sin embargo, ésto no quiere decir más sino que la moda sigue la escuela moderna, se racionaliza y abriga á sus sacerdotizas cuando hace frío, sin que falten á las leyes de la elegancia: como colores de la estación, el bronce, gris hierro, marino, nutria y negro.

Me dicen de París que los trajes de baile se hacen cortos en su mayoría, y aunque me figuro que aquí no harán gran falta el presente invierno, cumplo mi deber al hablar de la moda en todas sus manifestaciones. Me describen un traje lucido por una linda joven de la alta sociedad francesa, cuya falda de crespón rosa plegada no tenía más adorno que túnica igual recogida en delantal corto por delante, con cordón de rosas alrededor y gran ramo al costado, sujetando la parte de atrás de la túnica, plegada también, y formando cascada con los mismos pliegues: el cuerpo-justillo era de peluche nutria, con camiseta escotada rosa, y berta formada por un bies de peluche, completando traje tan nuevo, collar de rosas que se prolongaban después de rodear el cuello en guirnalda hasta la berta. Como se vé por esta descripción, las telas ligeras y el encaje se combinan con el terciopelo y la felpa, dando resultados maravillosos. Los bordados de cristal también siguen haciendo gran papel en el mundo elegante: hay además trajes de baile, cuya falda primera se borda de sedas y cristal rubí ó verde mar, según sea la combinación del cuerpo y cola, en terciopelo ó peluche de uno de los dos colores. En este gusto acaba de lucir mademoiselle Tissendier en la escena francesa, un traje hecho por una compatriota nuestra, *Mad. Rodríguez*, que viste á lo más escogido del mundo parisién: el traje de la bella actriz, debido á la rica fantasía de la citada modista, es de terciopelo azul pavo, por delante cubierto de una redcilla de cristal azul, á cuyo borde se mueven pastillas de cristal, representando las plumas *ojos* de pavo real, de modo que parece una red sobre delantal de plumas: el cuerpo en chaqueta *figara*, se adorna con las mismas pastillas, y completa el traje larga cola cuadrada de moiré rosa marchita, guarnecida de *marabout* rosa.

Las salidas de teatro y baile se hacen en peluche ó raso de color claro ó nutria: las blancas dominan sobre todo y se guarnecen de piel: su hechura es variada, debiendo escoger la más confortable y cómoda de cuantas en abrigos recomienda la moda, por ejemplo, las visitas *paletot* largas, de mangas anchas y pequeña capucha: de esta hechura he visto una en el *foyer* del Real, hecha en raso color de ámbar, con flores tejidas en plata y guarnecida de *renard bleu* (zorro azul). Esta misma hechura se ve muy reproducida en cachemir ó jerga, forrada de piel *petit gris* y guarnecida de la misma, abrigo que puede sacarse á la calle por el día, durante los grandes fríos. Los manguitos que acompañan á estos abrigos son pequeños, de la misma piel, y con dos bolsillos

interiores: uno para el pañuelo, otro para el portamonedas ó tarjetero, y suelen fijarse con un pequeño lazo á un botón del abrigo, para diferenciarse de las niñas, que le llevan con una cinta colgado al cuello.

El abuso del polisón va tomando proporciones alarmantes, y hay señora que se abulta en términos, que parecen resucitar el antiguo *tontillo* de la época de la casa de Austria. Nada tan lejos de los decretos de la moda: las faldas deben abultarse sólo por detrás, dejando perfectamente ceñidas las caderas á la forma del corsé. Las señoras elegantes de París se reirían de las proporciones que van dando á sus faldas las españolas. Las faldas siguen haciéndose nesgadas de adelante y muy fruncidas por detrás, sin que los infinitos pliegues que suele llevar la única levanten nada en las caderas, gracias á lo flexible de los tejidos que recomienda la moda y de que me ocupo anteriormente.

Madrid, 18 de Enero de 1886.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.

## EN EL ÁLBUM DE LA ESCUELA N. DE CIEGOS.

Ciego le llamo aunque vé,  
Al que niega y al que ignora;  
El ciego busca su aurora  
En la ciencia y en la fe.  
El ciego vé á Dios; lo vé,  
Que Dios es luz penetrante,  
Y el excéptico ignorante  
Que ofusca en sombra el deseo,  
¡Le dice á Dios: «no te veo,»  
Cuando lo tiene delante!

1886.

JUAN DE D. PEZA.

## EL CASTILLO DE COUZIÈRES.

Legenda histórica del siglo XVII.

En lecho de vistosas esmeraldas,  
Reclinado entre arbustos y entre flores.  
Como un nido de cándidos amores  
Aparece el Castillo de Couzières.

Sus torres se levantan atrevidas  
Hacia el azul del alto firmamento;  
Las veletas movidas por el viento  
Triste gemido esparcen por doquier.

El clima bienhechor de la Turena,  
Rica provincia de la culla Francia,  
Es el que da constante exuberancia  
Al suelo en que el castillo se fundó.

Dívisanse á lo lejos, entre el bosque  
Que tornan á su espalda las encinas,  
Los blancos campanarios de vecinas  
Aldeas que el Castillo avasalló.

Espaciosos y mágicos jardines  
Circundan el palacio, y en las fuentes  
Juguetean las limpidas corrientes,  
Dulce encanta, ofreciendo al murmurar.

Inundan el espacio de armonía  
Al entonar su cántiga de amores,  
Los tiernos y melifluos ruiseñores  
Que van en los naranjos á anidar.

Al penetrar en el jardín la brisa  
Siéntese de improviso embalsamada,  
Y amante se detiene en la enramada  
Para besar sus hojas con pasión.

A veces, á los rayos de la luna,  
En los jardines aparere Flora,  
Y al contemplar su gracia seductora  
Se estremece del hombre el corazón.

Y más allá de súbito se mira  
En todo el esplendor de su hermosura,  
De Venus la magnífica figura  
Que viene la razón á trastornar;

Y del divino Apolo la grandeza;  
El encanto sublime de Diana,  
Y otros más dioses de la edad pagana  
Se figura la mente sin cesar.

Y es que á la blanca luz de los luceros  
En varios sitios del jardín se ostentan  
Estatuas que á los dioses representan  
Y que obras son de artístico primor.

Todo es grandeza allí; todo convida  
Al deleite del alma enajenada;  
Y al penetrar en tan feliz morada  
Sólo se siente bienestar y amor.

El centro de reunión tal vez por eso  
La nobleza ha fijado en el Castillo;  
Y allí desplega sorprendente brillo,  
De la caza entregándose al placer.

Porque tiene en sus bosques dilatados  
Al ciervo que se esconde en la maleza;  
Y para perseguirlo, la nobleza  
Ansiosa va al Castillo de Couzières.

El origen de sitio tan hermoso  
Se pierde en las tinieblas del pasado;  
Pero tres siglos há fué restaurado,  
Haciendo de él espléndida mansión.

Un rico escudo de armas en su puerta  
Se mira desde entonces, y alternando  
El armiño y el oro, están mostrando  
Que el ducado es allí de Montbazon.

Ya del siglo diez y siete

El cuarto lustro termina  
Casi, cuando se encamina  
Al Castillo de Couzières,

Por sus distintos senderos  
Muchedumbre presurosa  
Que á ver acude gozosa  
Al cristianísimo rey.

Allí en el ducal palacio  
Luis trece dispuesto había  
Su entrevista con María  
De Médicis, que logró

Con valientes partidarios  
Que revolvían la Francia,